

# UNA CUESTION DISPUTABLE

A un personaje de siniestra memoria se le atribuye aquello de «Cuando oigo la palabra "cultura" en seguida echo mano del revólver». La frase, por lo menos, no le iba lugar a dudas: cualquiera sabía —y sabe (la cosa continúa)— a qué atenderse. Pero hay otro tipo de maniobras aflictivas se entiende «contra la cultura», cuya estrategia consiste precisamente en argüir que se sale en su defensa. Una cantidad considerable de agresiones morales — físicas de todas conocidas, tienden a justificarse así: en nombre de la cultura. Con mayúscula, para ser exactos: de la Cultura. El truco ha sido denunciado la tira de veces entre las réplicas inmediatas la más generalizada suele ser la que rechaza la idea de una sola cultura. Lo que en el caso presuntamente se defiende no sería «la Cultura», sino «una cultura» determinada y con apellido. La «Cultura occidental» por ejemplo: «Cultura» o «Civilización» lo mismo da. A nadie se le oculta que esta etiqueta, en realidad designa una mercadería económico-política muy concreta. Podría hablar se también de una «Cultura oriental», de fequies vogas zens y todo eso, tan de moda, aunque de momento el sector se manifiesta pacífico contemplativo y canturreante. Sea como sea, las «culturas» disponibles siempre son tinglados de agobio. El tío que sacaba la Distóla quizá no comprendió el asunto.

Finalmente compareció la «contracultura». Me temo que tampoco sea ninguna novedad, porque siempre hubo, frente a las «culturas» imponentes e impuestas, alguna insinuación paródica, un corte de mangas, el pitorreo. Los papeles de archivos y bibliotecas apenas recogen esta «contestación». Raramente fue «cultura», en efecto: fue analfabeta rural, populachera. No digo Rabelais pero ni siquiera Villon pertenecerían su área. Villon —«mais ou sont les nieges d'antan?»— se acerca al esquema del «contraculturalismo» actual y nos pone sobre la pista de un problema. Los contractuales hoy acostumbran a ser una gente podrida de cultura en el mal sentido de la palabra incluso. Basta oír una publicación — las calificables como «underground» para comprobar que sus redactores son una gente archileída, con sus clásicos aparentemente marginados o marginales y eruditísima en lo que les atañe ¡Y tanto! Para un «profano» —quiero decir, un fulano corriente y moliente como usted y yo— «Ajolanco» resulta tan complicado, o casi como «Teorema» que es una revista insigne dedicada a la lógica matemática y a otras sutilezas parecidas. La «contracultura» podría ser y ya es otra «cultura». Simplemente: otra. Con una leve ventaja, eso sí: su raíz en el sarcasmo. Que no es moco de pavo.

Pero, metidos en el comentario, con vendría apuntar un escrúpulo: ¿qué es «cultura»? ¡Ah! Los profesionales de la chachara —yo mismo y «mea culpa»— nos inclinamos visceralmente a las operaciones absurdas de la poesía, de la novela, de la filosofía, del drama, de la política, de la teología y hasta de las llamadas «ciencias» —no sé por qué— «humanas» o «sociales». Esa «cultura» y la «contracultura» adyacente prescinde alegramente del resto del trabajo intelectual, verdaderamente científico y con aplicaciones técnicas obvias: desde la modesta aspirina o la píldora anticonceptiva hasta los artefactos de circulación sideral, pasando por los cariñosos electrodomésticos, la heroica terapéutica cotidiana, la entera industria y el entero comercio. La «contracultura» depende de ello tanto como la «cultura» oficial y condecorada: las «dos culturas» de Snow están ahí, una la «ciencia», y la otra, la juega intelectual y artística. La «ciencia», por descontado, depende más directamente del «negocio»; las llamadas «humanidades», que en última instancia se reducen al periodismo y al ejercicio que hago en este papel, pueden permitirse ciertas libertades, pocas. Valga la síntesis: la poesía no es rentable.

Y sin embargo lo es. Cuando digo «poesía» me estoy refiriendo a muchas elaboraciones académicas de alto coste: historia, metafísica, jurisprudencia, sociología, economía, psicología, antropología, pedagogía, psiquiatría, muchas asignaturas más. Ambas «culturas», desde

Por Joan FUSTER

luego, son «culturas de clase». La «ciencia», la ciencia moderna, es una creación de la burguesía: si no recuerdo mal, algo así afirmaban Marx y Engels en el «Manifiesto». Lo de las «humanidades» es más confuso: cada «clase dominante» produjo su «cultura», para disfrutarla y ornamentarse, y eso viene, supongo, desde la época de las cavernas. Estas evidencias obligan a corregir ciertas demagogias bobas. Una multitud de neófitos de la «progresia», burgueses o pequeño-burgueses de extracción, sienten la necesidad de recusar la «cultura» heredada. Es lo lógico, porque sólo ellos son los «herederos». El proletariado, «desheredado» por definición, quemó manuscritos ilustres y tablas góticas gloriosas, en sus instantes de violencia. No sabía lo que se hacía. Un militante de base, ¿cómo podría saber que no había un Lenin sin Marx, ni un Marx sin un Hegel, ni un Hegel sin Santo Tomás de Aquino? Es un detalle.

En la mejor de las hipótesis, hemos de reconocer que la «cultura» y la «contracultura», hoy, son lo que no podrían dejar de ser: una invitación a reflexionar. Ser más o menos «culto» se convierte en un «status» objetivo. Un día, en una cena de amigos, entre los cuales había media docena de profesores universitarios, supe que los allí presentes éramos, todos unos tristísimos «pequeño-burgueses». Me lo tomaron a mal: desde sus poltronas porque cobraban en nómina, se creían «asalariados». Hay salarios y salarios. Una fábrica es una fábrica y una Universidad es una Universidad, y en esta comparación, el «penenismo» —que son los malnarados de la institución— es una riña. Los que ganaron oposiciones, ¿qué

son? ¿Proletarios? bus remordimientos y sus jornales podrían ser material de debate. Ellos, y la fauna paralela, son la «cultura». ¿Qué «cultura»? La suya, la de su «Casta». Se encrespan, a ratos, contra la «cultura» con apellido, pero esa es su cultura de oficio y de beneficio. Personalmente, y como francotirador, yo soy uno de ellos, y tengo plena conciencia de las «contradicciones» que implica el simple hecho de decir «cultura». La jovial «cultura» y la no menos jovial «contracultura» que van y vienen en aulas, revistas y tertulias, no se ve nada claro que sean «algo» a la altura de las circunstancias.

Sería muy de agradecer que, en el futuro, se hable cada vez menos de «cultura» si cuando se dice «cultura» no queda planteada la angustia ética de manipular palabras tan solemnes como la misma de «cultura». Es un término, ese, de «cultura», traicionero. Valdría la pena de precisar su alcance «gremial». La divertida máquina de fabricar «intelectuales» que es la Universidad española, y la sociedad que la hace posible, y su Ministerio —el señor Villar Palacé (o Palasí) fue genial metiendo la pata—, ¿cómo no podrá ser un «explosivo»? La «cultura» es el monopolio y el monopodio de los cátedros, de los agregados, de los adjuntos, de los contratados... Los pequeño-burgueses universitarios con el riesgo de no poder ganarse la vida —de no ganarse muy bien la vida— se convierten en fascistas o en troskos, o en lo que sea. La «cultura», en sus manos, nunca se sabe en qué acabará. No tengo ningún inconveniente en pasar como reaccionario cuando postulo que, en parte, y en buena parte, la «cultura» es una cuestión de tesis doctorales bien elaboradas y bien leídas. Caricaturizo el resultado. El parasitarismo universitario tendría que pensar que, en definitiva, siempre paga y lo paga todo la víctima de la r.